

RECORDANDO A GABRIELA, EN EL NORTE

do recien-
caso des-
tino una costa terrestre drapada de
toda gracia vegetal y de toda ternura de
agua". Así escribió Gabriela Mistral, so-
bre el Norte Grande de Chile y la pampa
salitrea.

Recordarla es como releer las palabras
de la Premio Nobel Nacional: "Su color
es de un pardo blanquecino y debido a que
no es una reverberación de sol. Su al-
re se levanta tanto, que rompe la boca o
el caliche en cascadas; su tacto es como
el de la bolsa enferma, una pelambre de
jaramagueo a medio quemar".

A Gabriela le falta Chile. Lo amó como
hija y lo sufrió como madre que nunca
tuvo refugio, con esa ternura mitad dó-
ce, mitad hoste.

Ella que usó la montaña inconqui-
table de las ayuda que es tallo, la
que desde sus desolados ameros truenos
del norte chico malal partió en pos de
suños a la jungla convulsa del centro,
sin sospechar que la gloria le esperaba
agazapada, tras un mar de dolores y de
lágrimas, sentía el alirio y el yodo, co-
mo sangre y como alma.

La que un día cruzó para a la escuela,
cuando la reprendieron por poner notas
escribas con palabras muerta y trólar
a niñas demandado poters; la que en la
hora del triunfo en los juegos florales
de Santiago no se presentó al proscenio
y "Don Domingo Silva debió leer sus "Bo-
netos de la Muerte", la incomprendida,
por inventar palabras y dejar que el vi-
do jugueteara nuevas albas del idioma.
Llegó un día, ya triunfante, pasada la
vía cruzó, a espel, homenajes en tie-
rras del sol cabría en el Norte de la se-
quedad y la angustia que grito era Que-
rra que bien se ha llamado la Guerra del
Salitre.

Era un día de calor rabioso. El adro
rey besaba con tal ardor la tierra que
hasta costaba respirar. Los molinos ha-
bían levantado una ramada protectora y
bajo ella tendieron la bien servida mesa.
Desgranase un torrente de oratoria, en-
salzando a quien, huido huido, pre-
destinada, rompió la carrera del silencio,
la del odio y la incomprendido. La que da
saber de nada, llegó a convertirse toda en
profundidad para cambiar al mundo y a
los hombres una caricia de paz impera-
cedora.

El siglo era tan grande que resultaba
imposible reparar los avíos. Eructa y
Excelso. Y poco hacía que algunos me-
vián la cubera sin entender la integridad
maravillosa de su "Donación".

La única mujer, el único escritor de
América Latina que había conmovido a
la Academia Sueca y Alustrado, sin pre-
sencia de la Academia de la Lengua del

"Certo lo-
gar del man-
do recien-
caso des-

vidas de la fatiga de la sed y del ham-
bre, sólo para contemplar, de lejos, a esa
maestra legendaria cuya magia poética
era la más fabulosa catástrofe de fama.

Las atraía, las guió con dulzura. En-
transmutando el giro al poder, palpitan-
tes sus manos, llamados sus ojos, la al-
galería, silenciosa, con la sencilla de
alegría más intensa que temblar se pue-
da.

Las abrió bajo la ramada y se quedó
a su lado, sintiéndose acompañada, se-
cunda su ternura, agitada su preocupa-
ción.

Sólo entonces pudo el silencio rodear
los ojos, otorgar unguentos, besos, la-
liza imposible, la inspección de una
mujer toda espíritu, poca congo misma,
fuerza hasta la gravedad, mente hecha
de luz y talento.

Cada vez que se recorre el Norte in-
menso, sueñan a lo lejón, tras los delan-
tados blancos, las angustias de una mu-
jer que no podía atender a los elegios por-
que le daba el corazón de madre.

P.

Recordando a Gabriela en el norte [artículo] P.

Libros y documentos

AUTORÍA

P.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recordando a Gabriela en el norte [artículo] P.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile